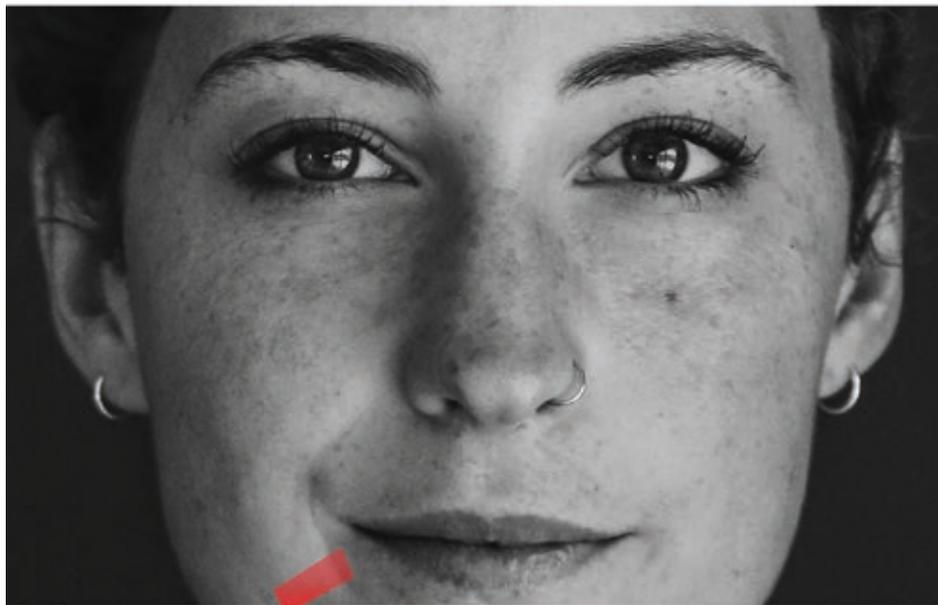


cuadernos
HOAC

número

15



TU PUEDES
HACERLO
POSIBLE

TRABAJO DIGNO para una SOCIEDAD DECENTE

Comisión Permanente de la HOAC



www.edicioneshoac.es

TÚ PUEDES HACERLO POSIBLE
Trabajo digno para una sociedad decente

Comisión Permanente de la HOAC



Colección «Cuadernos HOAC»

© Hermandad Obrera de Acción Católica

Autor: Comisión Permanente de la HOAC

Diseño portada: M+

Foto portada: Rachel Pfuetzner, vía unsplash.com

ISBN: 978-84-92787-42-5

Depósito legal: M. 12361-2018

Abril 2018

Preimpresión e impresión:

Gráficas Arias Montano, S. A.

Edición disponible en www.edicioneshoac.es

Ediciones HOAC

Alfonso XI, 4-4 • 28014 • Madrid

publicaciones@hoac.es

Telf. 917 014 080

Twitter @EdicionesHOAC

ÍNDICE

Introducción	5
I. Acompañar la vida de las personas	8
1. Para acompañar, conocer. Para conocer, acompañar	9
2. Acompañar es compartir la vida	11
3. Acompañamiento recíproco	12
4. Hacernos acompañantes	13
II. Colaborar a un cambio de mentalidad	15
1. Hacia una nueva mentalidad obrera y ciudadana: Sueños y utopía	15
2. La mentalidad de las virtudes obreras	16
2.1. Para recuperar la identidad humana: Fe, esperanza y amor-solidaridad	16
– Utopía y fe	16
– Fe y esperanza	17
– Esperanza y solidaridad-amor	18
2.2. Para construir humanidad: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza	18
3.3. Para vivir con coherencia: Pobreza-Compartir, humildad y sacrificio	19
– Virtud de la pobreza-compartir	20

– Virtud de la humildad	20
– Virtud del sacrificio	21
III. Colaborar al cambio de las instituciones	23
1. Partidos, sindicatos y movimientos sociales: Recuperar la fraternidad. El servicio a los empobrecidos	23
2. Cambiar a las administraciones	29
3. Nueva racionalidad política	31
IV. Colaborar a construir y dar visibilidad a experiencias alternativas en la forma de vivir, personal y socialmente	35
1. El fundamento de la organización social: Individualismo frente a comunión	35
2. Superar el principio de la exclusión imperfecta: «Lo que es del común es de ningún»	36
3. La economía que tanto me afecta y de la que tan poco me preocupa	37
4. El compromiso en las grietas de la fragmentación obrera	38
4.1. Incorporar a la sociedad civil a la lucha obrera. Sindicalismo en los barrios y desde fuera de la empresa	40
4.2. El compromiso sindical como responsabilidad moral	41
4.3. Fomentar la comunión en la pequeña y mediana empresa frente a la agresión común	43
4.4. El consumo como responsabilidad personal y social	44
– Educar los deseos	45
– Consumo y condiciones de trabajo	46
Citas	48

Introducción

La presente propuesta de reflexión, diálogo y acción parte de los siguientes supuestos previos:

Es continuidad de la reflexión realizada por la HOAC durante muchos años y que ha sido compartida en sucesivas publicaciones¹.

Consideramos que la actual situación de nuestra sociedad y de nuestro mundo obrero y del trabajo está marcada por un hecho: la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica. Las personas del mundo obrero y del trabajo hemos sido reducidas a instrumentos, a una mercancía más. Es el predominio de lo que el papa Francisco ha llamado una economía y una cultura del «descarte» (EG 53), que prescinde de muchos de nuestros compañeros y compañeras porque no los necesita, no son rentables, o los «usa y los tira» como si fueran artículos descartables. Ahora bien, esa economía-cultura del descarte no es solo eso: produce ese efecto porque en su raíz ha expulsado a la persona del centro de las preocupaciones y decisiones de la vida económica y en su lugar ha puesto la «idolatría del dinero» (EG 55), la rentabilidad, que tiene su concreción en la búsqueda del «bienestar individual», entendiendo éste como acaparar indefinidamente bienes y dinero. Por eso es una economía del descarte, porque descarta lo humano, produciendo empobrecidos y deshumanización, y porque devora la naturaleza entera sin importarle su preservación.

En este sentido, cuando hablamos de la confluencia entre el problema de los empobrecidos y el problema antropológico queremos decir que el modelo social y cultural en el que vivimos no solo genera

relaciones sociales injustas y empobrecidos, sino que, a la vez, genera un tipo de persona alejada de lo que es más propio de su humanidad. No solo provoca una devastación de la sociedad y de la casa común en la que vivimos, sino que devasta el espíritu humano. Es más, este modelo social para seguir funcionando y expandiéndose solamente puede hacerlo prescindiendo de lo humano, deformando lo humano. Ambas dimensiones —la devastación social y la humana— son inseparables y tienen la misma raíz, pero la disolución de lo humano es decisiva, porque desde ella se multiplican las dificultades para construir relaciones sociales justas al debilitarse el sentido de nuestra humanidad. Acabamos por no saber hacia dónde queremos caminar².

Esta opción, convertida en cultura, se ha adueñado del corazón humano y ha deformado la comprensión de la propia identidad, el sentido de la existencia y los valores, credos y creencias que lo sustentaban. Así, se ha devaluado la sagrada dignidad del ser humano y de sus actividades: trabajo, economía, empresa, política..., y ha movido a la pasividad ante la injusticia del descarte progresivo de personas que ya no son necesarias, ante la degradación del trabajo y ante la propia deshumanización y empobrecimiento. Por eso es tan importante recuperar el sentido de lo humano, hacer frente a la deformación de nuestra humanidad. Este es hoy el centro de la cuestión social.

Siendo así, la lucha por un trabajo decente no puede quedar limitada solo a un proyecto reivindicativo de mejora de las condiciones de trabajo; precisa, además, de una reconstrucción del ser humano, del sentido de su existencia y del trabajo humano, de las relaciones sociales y humanas, de la moral y la ética necesarias para que el «bien ser» sustituya al «bien estar» como proyecto de realización humana, de la política, el sindicalismo, la economía y la empresa en un mundo gravemente dañado por la desigualdad y las guerras, por la explotación incontrolada de los recursos naturales y por los modos de vida y de organización social.

Para hacer este enfoque integral hemos tomado la opción de desarrollar las cuatro claves, líneas de reflexión y acción, que la HOAC hemos aprobado en nuestra XIII Asamblea General: *Acompañar la vida de las personas; Colaborar a un cambio de mentalidad; Colaborar al necesario cambio de las instituciones y Colaborar a construir y dar visibilidad a experiencias alternativas en la forma de ser y trabajar.* Claves que hay que entender en su interrelación y complementariedad, porque estando todas ellas referidas a dimensiones de la existencia humana, es esta las que les da sentido y unidad, pues la vida de las personas, en su pluralidad y diversidad, es una, y esta unidad es precisamente lo que el neoliberalismo ha destruido y lo que es necesario recomponer.

Una consecuencia de la relación y complementariedad entre estas claves es que podemos apreciar en todas ellas aspectos y propuestas que son válidas para unas y para otras, y lo mismo que forman parte del contenido de una de ellas, podría formarlo de otra. Cada persona verá, según su situación y saber, en qué línea de trabajo cada contenido expresa mejor la realidad que conoce y la experiencia que tiene.

Por último, manifestar que toda la reflexión está realizada desde nuestra fe cristiana y trata de ser una explicitación de los contenidos de la misma, pero buscando y manifestando la confluencia entre lo cristiano y lo humano desde la siguiente convicción: Dios está presente en el corazón de toda persona y la llama a promover el bien y la justicia como realización de su Amor. Muchas personas se sienten inclinadas a comprometerse con la justicia, la solidaridad, la compasión, pero no a responder a Dios. De este compromiso ha brotado un conjunto de valores, propuestas, ideales que sin estar referidos a Jesucristo ni a la fe en Él, sí son manifestación de su Amor porque son amor a las personas expresado en la salvaguarda de su dignidad y búsqueda de la justicia. Jesucristo puso de manifiesto que todo lo que es humano es cristiano, a nosotros nos toca discernir y

asumir toda manifestación del Amor de Dios que brota del corazón humano, porque así podemos mostrar que todo lo que es cristiano es humano, y que lo que es bueno para el ser humano es bueno para la Iglesia, aunque a veces no sepamos cómo encajarlo.

Desde estas claves, este cuaderno pretende participar, y ayudar a participar, en el debate, diálogo y búsqueda de las respuestas que son necesarias para reconstruir nuestra humanidad y defender y consolidar el trabajo decente.

I. Acompañar la vida de las personas

La vida humana necesita una cierta seguridad en sus procesos para poder desarrollarse de manera equilibrada. No podemos vivir con la zozobra de no saber qué pasará el día de mañana, no un día de mañana figurado, sino el día que se acaba el contrato, el día que se acaba la prestación por desempleo, el día que la madre no puede recuperar su vida laboral después del parto; el día que el hijo termina, o abandona, sus estudios y se convierte en demandante de un empleo que no llegará; el día señalado para hacer una angustiada entrevista de trabajo; el día que el espejo nos devuelve una imagen llena de arrugas y sin empleo; el día señalado por la empresa para cerrar, despedir, regular..., nuestra vida y la vida de nuestra familia; el día que todo —pareja, hijos, amigos, familia, futuro...— empieza a desmoronarse sin saber por qué; el día que la angustia se ha convertido en un pellizco en el estómago que no deja vivir; el día que el sueño no llega y las horas se hacen eternas; el día que hay que empezar a disimular ante los amigos para que no conozcan el calvario que pasamos; el día que nos sentimos inútiles e incapaces, el día que se nos viene encima como una losa que termina por anular la vida...

La vida de las personas, nuestra vida, ha sido convertida en frágil, precaria e insegura. Los procesos sociales que guiaban las distintas etapas de maduración personal (la niñez y la escuela; la adolescencia–juventud y el instituto, la formación profesional o los estudios universitarios; el trabajo, las relaciones de pareja, la formación de una familia, la vida autónoma y adulta; los hijos...) han perdido la capacidad de dotar a las personas de los recursos necesarios para afrontarlas con ciertas garantías. Si a esto unimos la fragilidad de las relaciones de pareja, la relatividad de muchos principios éticos y morales, el derrumbe de la credibilidad de muchas instituciones básicas para la organización social y política, comprenderemos que el ecosistema humano se ha contaminado de tal manera que está poniendo en peligro la vida humana. Este desastre está siendo paliado en parte por la existencia de redes familiares que están sirviendo de apoyo y protección a costa de su propio empobrecimiento.

Cuando se vive esta situación, no solo se produce un quebranto económico⁸. Toda la persona queda anulada y debilitadas sus capacidades para reaccionar, responder y enfrentarse al problema. No podemos vivir con esta zozobra, pero así estamos viviendo, mal viviendo.

Es en este contexto amplio de la fragilidad de la vida, que se hace más patente y profunda en la vida obrera y trabajadora, donde necesitamos situar la tarea de acompañar a las personas en su vida.

1. Para acompañar, conocer. Para conocer, acompañar

Cada día se nos ofrecen encuestas, estudios y análisis sobre los más variados temas y asuntos de interés. Disponemos de más información de la que podemos procesar. Pero una cosa es la información y otra el conocimiento. Para acompañar a las personas no

basta con estar informados, es necesario conocerlas. Rovirosa decía que «El conocimiento real del hombre... se consigue poco a poco, pacientemente, no viene de fuera... Para conocer a los hombres es preciso haber padecido hambre y sed entre los hombres; haberse jugado la vida con ellos; haber tomado parte, en cierta manera, en sus evasiones psicológicas; haber escuchado en los momentos favorables el verdadero canto que sale de lo profundo de sus almas; haberlos frecuentado dentro de la intimidad del hogar; haber vislumbrado la luz de sus ojos cuando el alma se abandona confiada, o la dureza de la mirada cuando sienten que alguien quiere penetrar en un terreno en el que no admite a nadie más que a su odio»⁴.

La información nos puede decir que casi la mitad de los jóvenes están parados. Pero no nos dice que Jesús, un parado que ronda los cuarenta, quiere solicitar la renta mínima, pero le exigen que sea titular de una cuenta bancaria, y él no tiene ninguna cuenta en el banco, ¡no ha tenido ocasión de ello! y no se atreve a tenerla porque teme que si no le conceden la renta mínima, no podrá pagar lo que el banco le cobra. A este conocimiento solo se accede cuando la vida se comparte.

Hay muchas personas que necesitan ser conocidas por otros, que necesitan que otras se preocupen por conocerlos, porque el gran problema que las aplasta es la soledad ante los problemas que padecen. Vivir la angustia del desempleo, del empobrecimiento, de la oscuridad de la puerta cerrada es un gran problema; pero vivirlo sin tener una mano tendida a la que agarrarse, añade un nuevo problema a los que ya se tienen: La deshumanización, la pérdida de confianza en el ser humano, experimentar que la compasión ha sido borrada de nuestros semejantes. Por ello es tan importante que haya personas con la mano tendida, la palabra dispuesta y el oído abierto. Ejercitarse en esta experiencia es una de las tareas más importantes para humanizarnos, generar esperanza y abrir caminos hacia un trabajo decente.

2. Acompañar es compartir la vida

El conocimiento es la base para compartir la vida. La mano tendida es una mano abierta que ofrece la vida de la que forma parte. La mano tendida es el principio de la donación de la propia existencia al otro, sin importar como sea, pues «Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida»⁶.

Con la mano tendida ofrecemos todo lo que somos y tenemos, no es una mano vacía, está llena de bienes, de los múltiples bienes que cada persona posee: Bienes materiales, culturales y espirituales.

Compartir bienes materiales. Los bienes materiales hacen referencia a todo tipo de bienes que poseemos: dinero, vivienda, aparatos informáticos y de comunicación, vehículos, utensilios, herramientas, juegos, alimentos, tiempo... El destino universal de los bienes, como criterio que la Iglesia promulgamos y defendemos, nos lleva a considerar que todo cuanto poseemos tiene como finalidad servir al bien común y, de manera especial, a quienes más los necesitan.

Compartir bienes culturales. También necesitamos compartir, y necesitan que compartamos, con las otras personas, nuestros conocimientos, creencias, aptitudes y habilidades, relaciones sociales, influencias, información..., todo ello forma parte de ese conjunto de elementos que nos configuran como un ser relacional inserto en una comunidad social y humana.

Compartir bienes espirituales. Quizás estos sean los más importantes porque constituyen como el bálsamo que cubre, protege, temple y nos prepara para responder a las circunstancias que la vida nos presenta.

El principal problema de muchas personas es no saber qué hacer con su vida. La persona parada, precaria, descartada no tiene solo un problema de falta de recursos económicos, este problema lo vive desde su circunstancia personal, uno de cuyos componentes es el sentido de su propia existencia, el para qué de su vida, su propio proyecto de humanización, saber que su vida recorre un camino que libremente ha elegido, por el que avanza de manera consciente, afrontando las dificultades y aprovechando o buscando las oportunidades que ayudan a ser lo que ha elegido ser. En lugar de ello, vivimos como «herramientas animadas», pero no somos «herramientas animadas», somos personas, dotadas de una sagrada dignidad, llamados a desarrollar la vocación que nos ha sido dada y en cuya realización estriba la propia felicidad. El trabajo es un don de Dios para la vida y a ella debe servir.

Por ello, «Redescubrir y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana constituye una tarea esencial; es más, en cierto sentido es la tarea central y unificante del servicio que la Iglesia, y en ella los fieles laicos, están llamados a prestar a la familia humana. Entre todas las criaturas de la tierra, sólo el hombre es «persona», sujeto consciente y libre y, precisamente por eso, «centro y vértice» de todo lo que existe sobre la tierra. La dignidad personal es el bien más precioso que el hombre posee, gracias al cual supera en valor a todo el mundo material»⁶.

3. Acompañamiento recíproco

El conocimiento de la otra persona, al que nos hemos referido en el apartado anterior, nos lleva al conocimiento propio, a descubrir qué bienes materiales, culturales y espirituales poseemos, y cuáles han sido sofocados y llevados al olvido por la cultura dominante y necesitamos retomar y cultivar.

También nos lleva a descubrir, y hacerle descubrir, los bienes de todo tipo que la otra persona posee. El paro y la precariedad pueden hundir a la persona hasta anular la valoración positiva que tiene de sí misma. Pero no anulan los bienes que posee. Es importante hacerlos aflorar, ayudar a recuperar la conciencia de su existencia, y colaborar para que vuelvan a ser cultivados y utilizados.

Supuesto este conocimiento, el acompañamiento se convierte en algo mutuo, en dos personas que comparten sus vidas. No hay una que comparte y otra que recibe, es una donación recíproca, las dos personas se desprenden y acogen al mismo tiempo, en un proceso que las va haciendo dueñas de sus vidas.

4. Hacernos acompañantes

Vamos a partir de tres afirmaciones:

Sabemos por reflexión, conocimiento y experiencia que tenemos un grave problema: esto no funciona. Nuestros modos de vida, de familia, de trabajo, de desarrollo humano, de relaciones sociales, etc. han sido dinamitados y su explosión ha dejado un reguero de empobrecidos, descartados, desorientados, desanimados que no sabemos qué hacer con nuestras vidas.

Tenemos, también, suficiente reflexión, conocimiento y experiencia para saber perfectamente que nunca como hoy la humanidad ha dispuesto de tantos medios y recursos para hacer un mundo nuevo, libre de miedo, angustia y necesidad.

La tercera afirmación es una paradoja: En lugar de cambiar este mundo, que sería lo racional y lógico, nos empeñamos en subirnos a su carro. Las aspiraciones no se dirigen a cambiarlo, sino a participar de sus migajas.

Por ello decimos que junto al problema del empobrecimiento de muchos tenemos un serio problema antropológico: la angustia no nos mueve a la solidaridad, nos empuja al escape, al sálvese quien pueda.

No somos «acompañantes», tenemos necesidad de hacernos acompañantes, capaces de compartir nuestros bienes materiales, culturales y espirituales, porque en la medida que lo hagamos se abrirá ante nuestros ojos una humanidad nueva, una manera nueva de entenderlo todo, de entender a las otras personas y de entendernos a nosotros mismos.

Para hacernos acompañantes necesitamos cambiar de mentalidad. El diccionario nos dice que la mentalidad es el «conjunto de creencias y costumbres que conforman el modo de pensar, enjuiciar la realidad y actuar de un individuo o de una colectividad». Es decir, la mentalidad abarca nuestro mundo interior y nuestros modos de vida, nuestra manera de sentir, pensar y actuar, nuestra cultura en definitiva.

Hay un patrimonio obrero de valores y virtudes, un patrimonio humanista, cubierto quizás por la ensoñación consumista. Hay un patrimonio cristiano profundamente humanista, cubierto también por esta cultura. A ellos recurrimos para ayudar a cambiar la mentalidad.

CUESTIONARIO DE TRABAJO

1. ¿Qué valoración haces de la reflexión sobre acompañar la vida de las personas?
2. ¿Qué bienes materiales, culturales y espirituales posees y puedes compartir? Haz una relación de los mismos.
3. ¿Qué personas y/o familias estás acompañando o puedes acompañar y qué bienes puedes compartir con ellas? Haz una relación con ello y concreta cuándo y cómo lo vas hacer.

II. Colaborar a un cambio de mentalidad

1. Hacia una nueva mentalidad obrera y ciudadana: Sueños y utopía

La historia del mundo obrero está plagada de situaciones imposibles que fueron cambiadas por la conciencia de las personas que no se resignaron. Nuestra historia partía de una situación sin derechos, sin organización, sin nada que pudiera suponer el cambio necesario. Solo había seres humanos que por humanos llevaban —llevamos— inscrita en el corazón la aspiración permanente a la justicia, la libertad, la dignidad, la verdad..., porque sin estos atributos la vida deja de ser vida humana.

Siempre, en cada corazón oprimido, explotado, dominado, ha permanecido el sueño de un vida digna, libre de penurias y necesidades, feliz, dispuesta al vuelo de la tarea humanizadora que busca construir un mundo a la medida del ser humano, que se humaniza humanizando porque la vida le ha enseñado que amor y justicia tienen que vivir juntos porque al separarse mueren.

Esta capacidad de soñar fue el vientre que dio a luz a la utopía, en principio pequeña, como toda criatura que nace, necesitada de cuidado, atención, dedicación, tiempo, capacidad de sufrimiento, vida entregada, que es el alimento de la vida y la hace crecer. El sueño es el primer paso hacia lo imposible de hoy que mañana será realidad. De este sueño nació «... una justa reacción social, que hizo surgir y casi irrumpir un gran impulso de solidaridad entre los hombres del trabajo... Era la reacción contra la degradación del hombre como sujeto del trabajo, y contra la inaudita y concomitante explotación en el campo de las ganancias, de las condiciones de trabajo y de previdencia hacia la persona del trabajador. Semejante reacción ha reunido al mundo obrero en una comunidad caracterizada por una gran solidaridad»⁷.

Esta reacción dotó a los empobrecidos de una conciencia liberadora, les dio una identidad, una esperanza y una utopía que contenía creencias, valores, actitudes, modos de vida compartida, solidaridad a prueba de todo desafío. Hoy es necesario recuperar aquella tradición, aquella capacidad de soñar, la convicción de que el trabajo decente empieza a hacerse realidad en el corazón de la persona, y ofrecer una mentalidad que podríamos llamar de las virtudes obreras.

2. La mentalidad de las virtudes humanas

Estamos necesitados de una nueva mentalidad que nos ayude a recuperar nuestra identidad humana, a construir humanidad y a vivir en coherencia con ello.

2.1. Para recuperar la identidad humana: Fe, esperanza y amor-solidaridad

Utopía y fe

La capacidad de soñar es el principio de la utopía. Ante la realidad de injusticia y explotación que predomina en el mundo del trabajo, toda persona debe preguntarse ¿Cuál es mi sueño?, y debe hacerlo porque cuando el sueño muere, muere la vida. ¿Han muerto nuestros sueños? ¿Han muerto los sueños del mundo obrero? ¿Han muerto las aspiraciones a una vida digna, libre, plena...? Pensamos que no, el sueño permanece porque la aspiración a la justicia está inscrita en el corazón de todo ser humano. ¿Este sueño se ha convertido en fe para el mundo obrero?

Este sueño, del que nace la utopía, se convierte en fe cuando mueve el sentir, pensar y actuar de las personas. Para los creyentes, la fe

no es algo, es alguien: Jesucristo. Para los no creyentes conscientes la fe es la convicción sin medida de que la plenitud del ser humano, la justicia que le pertenece, es el eje de la historia, su principio y su final. Frente a la sequedad del individualismo-consumismo como proyecto de realización personal, tenemos que oponer la fe de que, sin saber cómo ni cuándo y partiendo de la debilidad de lo que somos, el sueño de la felicidad del ser humano se realizará si nos empeñamos en ello.

Fe y esperanza

La respuesta está en la esperanza. La fe alimenta la esperanza. La esperanza es la fe convertida en espera activa, en trabajo diario y confiado. No hay fe sin obras, sin un hacer que la manifieste y la exprese. La fe es el origen de la esperanza, la esperanza es la manifestación de la fe. Preguntarnos si este sueño se ha convertido en fe para el mundo obrero es preguntarnos si se ha convertido en obras, en quehacer, en modos de vida, en lucha, en proyectos de acción.

Es posible que no, que hayamos perdido la fe, que hayamos cambiado la forma de alcanzar este sueño, que nos haya atrapado la tentación de la salida individual, el creer que no hay salida para todos, el sálvese el que pueda. Pero no es verdad, no hay salida individual porque en la existencia humana todo depende de todo. Nuestra historia muestra con toda claridad que cuando el individualismo ha prevalecido sobre la solidaridad la injusticia ha triunfado.

No podemos renunciar a la esperanza de tener un trabajo decente que nos permita vivir con dignidad. El carácter sagrado de la vida humana lo exige como un derecho inherente a su ser persona. Mantener la conciencia de un trabajo a la medida de la dignidad humana es la clave fundamental para hacerlo posible. No hay otra

salida para el género humano ni para el mundo, porque la barbarie que tenemos no es salida.

Esperanza y solidaridad-amor

Entre la fe y la esperanza media el amor-solidaridad como garantía de ambas. Solidaridad viene de la palabra latina *solidus* (sólido, firme, compacto). La fe que origina la esperanza se manifiesta en la solidaridad, en la construcción de un sujeto que destruye el individualismo porque reconoce que no somos nada sin las otras personas, que los demás seres humanos son una necesidad para que cada «yo» pueda ser. Frente al individualismo, que rompe la naturaleza humana, la solidaridad-amor genera un cuerpo —mundo obrero y del trabajo— sólido, firme y compacto, capaz de hacerse uno con todos los demás, de compartir, de ayudar, de esperar con prudencia y fortaleza. Realizada la justicia, la solidaridad avanza un paso más allá. La justicia es dar a cada persona lo suyo. La solidaridad es dar a los demás de lo mío: mi tiempo, mis bienes, mis conocimientos, mi entrega..., para que la humanización de cada persona y la propia sean posibles y la justicia pendiente realizable. A esto es a lo que los cristianos llamamos caridad.

Hay, pues, tres virtudes humanas y cristianas fundamentales y necesarias para alumbrar este cambio de mentalidad: La fe, la esperanza y la solidaridad-amor.

2.2. Para construir humanidad: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza

La fe, la esperanza y la solidaridad-amor, que acabamos de comentar, configuran una manera de ser, un modo de vida coherente con la fe de creyentes y no creyentes, portador de esperanza y gene-

rador de amor-solidaridad. Esta manera de ser se alimenta de otras cuatro virtudes: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La virtud de la prudencia nos ayuda a construir la vida en coherencia con nuestra conciencia y con las exigencias de la moral.

La virtud de la justicia nos ayuda a luchar por la justicia siendo justos, a vivir la justicia para poder realizarla y exigirla, a saber y concretar las necesidades —materiales, culturales y espirituales—, de cada ser humano no satisfechas y necesitadas de ello para su propia realización, y estar dispuesto a empeñarse en su realización.

La virtud de la fortaleza nos ayuda a afrontar los peligros, las angustias y las inseguridades, y a soportar las adversidades para mantener la coherencia ante la injusticia, la mentira o la falsedad.

La virtud de la templanza nos ayudará a ser dueños de nosotros mismos, haciendo que la pasión, el deseo o el interés, tan necesarios para mantener la cultura del individualismo posesivo, no predominen sobre la razón, la voluntad y el corazón.

Estas cuatro virtudes son esenciales para recuperar el control de nuestra vida y orientarla hacia el bien y la solidaridad.

2.3. Para vivir con coherencia: Pobreza-compartir, humildad y sacrificio

Los modos de vida son modos sociales, modos de relacionarnos con las personas. Cuando hablamos de virtudes y modos de vida nos estamos refiriendo a tres cosas:

1. A las virtudes que las demás personas necesitan que cultivemos para establecer relaciones de solidaridad-amor con ellas.

2. A las virtudes que necesitamos cultivar para construir una vida que hace de su entrega el proceso de su humanización y felicidad.
3. A las virtudes que sustentan los modos de vida que son necesarios para construir un mundo nuevo.

Estas virtudes son tres: Pobreza-compartir, humildad y sacrificio.

Virtud de la pobreza-compartir

La virtud de la pobreza no consiste en ser pobres, la pobreza es una situación que todos debemos de combatir y erradicar. La virtud de la pobreza nos mueve a compartir los bienes, todo tipo de bienes. Esta virtud es el fundamento de una concepción humanista de la economía: Todos los bienes, los producidos por la naturaleza y los producidos por los seres humanos pertenecen a toda la humanidad y no tienen otro fin que servir a la promoción integral y colectiva de todos. El individualismo posesivo, raíz de todos los males, solo puede combatirse compartiendo todo, lo que somos y lo que tenemos. Esta virtud es necesaria para crear un mundo donde los bienes sean compartidos.

Pensemos lo necesario que puede ser esta virtud a la hora de elaborar una tabla reivindicativa, de negociar un convenio, de darle prioridad a los derechos de los precarios que hay en nuestros centros de trabajo, de repartir la masa salarial dando más a los que menos tienen y más lo necesitan, de distribuir el presupuesto del ayuntamiento atendiendo a los barrios y personas que más lo necesitan.

Virtud de la humildad

La palabra «humilde», como tantas otras, ha sido prostituida. Humilde es entendida como sinónimo de pobre. Los pobres, decía

Rovirosa, son humillados, no humildes. La virtud de la humildad nos mueve a reconocer y aceptar a las otras personas tal como son. A reconocer, valorar y alegrarnos —cosa poco frecuente— de sus cualidades. A reconocer y comprender sin condenar sus defectos e incoherencias. Todo ello desde la convicción de que no somos más que nadie, somos seres inacabados, compañeros en el camino de nuestra propia humanización. Esta virtud es necesaria para crear un mundo en el que la vida sea compartida.

Caigamos en la cuenta de lo bochornosa que resulta a veces la vida política, los debates y enfrentamientos, la dinámica de desprestigio permanente del adversario político porque en su destrucción se espera obtener el triunfo. ¿Es posible que ensuciar la imagen del adversario sea más valorado que una buena propuesta política? Aunque se obtenga algún éxito, a la larga es la política la que termina dando asco, como está sucediendo. Necesitamos una nueva ética del comportamiento político, que sea capaz de valorar lo positivo que hay en el otro y, al mismo tiempo, superarlo con una acción más justa, equitativa y noble. Para ello sirve esta virtud.

Virtud del sacrificio

La búsqueda de lo mejor, lo más adecuado, lo más razonable ante cualquier situación es una característica de lo humano. La razón es el instrumento que utilizamos para ello. Casi siempre «mi» razón aparece junto a «tu» razón; mi proyecto junto a tú proyecto, mi decisión junto a tu decisión. En el movimiento obrero tenemos mucha experiencia del dolor, rupturas y desencuentros que estas situaciones han provocado.

La virtud del sacrificio consiste en la capacidad de renunciar a «mi» proyecto para que salga «nuestro» proyecto. La verdad de las

cosas no suele estar en el «yo», sino en el «nosotros». Esta virtud es fundamental para crear un mundo en que el hacer sea compartido y no impuesto.

Recordemos que muchos de los problemas que nos aquejan necesitan del consenso y del acuerdo para alcanzar una solución razonable. El problema de las pensiones, la dependencia, la educación, la vivienda, el futuro del trabajo, la armonización de los diversos pueblos que conforman España, la regeneración de las instituciones, el problema de la corrupción y del fraude, el futuro de los jóvenes y, sobre todo, la sangrante situación de los empobrecidos. Para conseguir esto sirve la virtud del sacrificio.

Avanzar hacia una sociedad más humana, en la que el trabajo recupere su papel de actividad para la vida y donación para los otros, precisa crear grupos de personas que vivan y difundan estas virtudes en todos los ámbitos de su vida: sus familias, sus amigos, su trabajo, su sindicato, su partido, su asociación, sus lugares de esparcimiento y descanso.

Un cambio de mentalidad como el que proponemos es la base ineludible para hacernos humanos haciendo humanidad.

CUESTIONARIO DE TRABAJO

1. ¿Qué valoración haces de la reflexión sobre colaborar a un cambio de mentalidad?
2. ¿Crees que puede ayudar a mejorar y dignificar la vida y el compromiso? ¿Por qué?
3. ¿Qué necesitas potenciar, eliminar, mejorar o cambiar de tu mentalidad para crecer como persona y en el servicio a los demás?

III. Colaborar al cambio de las instituciones

Las instituciones son normas, leyes, protocolos, procesos racionales de toma de decisiones..., pero también son personas, intereses, capacidades, etc.

Siendo así, todo lo dicho en los capítulos anteriores tiene una fuerte incidencia en el funcionamiento de las instituciones, y forma parte del trabajo necesario para provocar un cambio en las mismas. Pero hay un aspecto primordial y principal sin el cual no es posible que las instituciones cambien: Han de estar al servicio de los empobrecidos para poder estar al servicio de todos. La atención a los empobrecidos es la clave, la única clave, que puede posibilitar el cambio de las instituciones.

Nos vamos a centrar en los siguientes tipos de instituciones: Sindicatos, partidos políticos, movimientos sociales y administraciones.

1. Partidos, sindicatos y movimientos sociales: Recuperar la fraternidad desde el servicio a los empobrecidos

Si alguien ha podido pensar que podemos construir un modelo de trabajo decente sin contar con los sindicatos, o al margen de ellos, está cometiendo un grave error. Pero la realidad no es muy halagüeña: los sindicatos son más necesarios que nunca, pero nunca han estado tan débiles como en estos momentos. Debilidad generada por tres dinámicas que se han alimentado unas a las otras: Las sucesivas reformas laborales, que los han ido despojando de parte de sus capacidades y atribuciones; la baja afiliación y su incapa-

cidad para adaptarse a la gran transformación económica, social, política, cultural, ideológica, antropológica..., que se ha producido.

De igual manera, sin partidos no es posible vivir en sociedad ni construir la justicia social, pero actualmente son instituciones totalmente desprestigiadas, con muy poca credibilidad y con escasos recursos para enfrentarse a la mercado-democracia que se nos ha impuesto, más bien la maquinaria administrativa les lleva a confundirse con ella.

Junto a partidos y sindicatos, la situación ha hecho brotar un conjunto de iniciativas plurales y diversas que se ocupan de problemas concretos de personas o de grupos sociales. Las más conocidas son «las mareas» reivindicativas, agrupaciones de diverso tipo que abordan problemas generales —educación, sanidad, paro y precariedad, derechos de la mujer, pensiones, etc.— frente a la política del gobierno y a los recortes. Otros abordan problemas más específicos, como son las Plataformas de Afectados por las Hipotecas; Las Kellys, camareras de piso en los hoteles; Territorio Doméstico, asociación centrada en los problemas de las empleadas de hogar. Presentan nuevas formas de organización y de acción que deberían ser tenidas en cuenta para afrontar la necesaria renovación de los partidos y sindicatos.

Hoy es una necesidad apremiante fortalecer a las organizaciones sindicales y políticas, y a estas nuevas asociaciones, dotarlas de nuevos militantes que sepan aprender del pasado pero mirando al futuro. La interiorización de todo lo dicho hasta ahora en los capítulos anteriores sobre las virtudes es como el ecosistema fundamental para hacer posible la nueva vida entregada que es necesaria, con capacidad para dar un salto cualitativo en el quehacer sindical y político.

Si hacemos una comparación de los que nos está sucediendo al mundo obrero con lo que sucedió al principio de la Revolución

Industrial podemos comprobar, salvando las distancias, algunas similitudes: irrupción de nuevas tecnologías, indefensión de los más empobrecidos, destroz de las familias, crecimiento de la desigualdad, enriquecimiento de los poderosos. Hoy podemos referirnos a nuestra situación con las mismas palabras que el papa León XIII utilizó para definir aquella: «un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios»⁸.

El mundo obrero supo responder creando un conjunto de instituciones de ayuda, solidaridad y protección mutua, que intentaban garantizar o paliar en parte las necesidades de todo tipo que el sistema de explotación generaba. Después, la organización de los más conscientes y la lucha reivindicativa consiguieron derechos, dignidad y justicia que todavía disfrutamos y que van desapareciendo ante nuestros ojos. Primero fue la fraternidad, hacerse cargo del otro, de ella surgió todo lo demás. Después, las conquistas en derechos cívicos, políticos, sociales y culturales aumentaron la necesaria capacidad protectora del Estado, se fue extendiendo la creencia de que con ello era suficiente. La fraternidad pasó a un segundo plano. Sin darnos cuenta hemos descargado el ejercicio de la fraternidad en la acción del Estado, mientras que la preocupación por el «bien estar» ha suplantado a la preocupación por el «bien ser». El individualismo ha ido suplantando la compasión y la fraternidad del corazón humano, y hemos dejado en las cunetas a los descartados, que cada día son más.

Nuestro quehacer actual⁹ tiene su fundamento en una cultura que ha pasado: la cultura de la conquista de los derechos y del reparto de la tarta como camino para crear otro mundo más justo y libre. En esto hemos tenido avances importantes, al menos en nuestro mundo occidental, pero no hemos sido conscientes de las consecuencias antropológicas de estos avances. Señalamos tres:

- El acceso a más derechos y a más tarta nos ha incorporado al sistema que pretendíamos cambiar, en lugar de cambiar «su» mundo nos hemos incorporado a él. Hemos heredado de la revolución francesa los conceptos de libertad e igualdad, pero hemos olvidado el de fraternidad.
- El olvido de la fraternidad es el que ha posibilitado nuestra incorporación a su mundo. Al olvidarnos de la fraternidad hemos renunciado a nuestro derecho a ser, a nuestro proyecto de humanización, porque lo que nos humaniza es la dimensión relacional de nuestra identidad personal, lo que nos humaniza es compartir la vida del otro.
- El olvido de la fraternidad se ha manifestado especialmente en el olvido de los pobres. Si nos fijamos en los contenidos de los discursos, críticas, propuestas, valoraciones..., sobre la situación que estamos viviendo y las posibles respuestas, veremos que es muy difícil escuchar algún discurso sobre los pobres. Se habla de desigualdad, desempleo, precariedad, tasa de pobreza..., pero no se habla de los pobres.

Los pobres constituyen la categoría social más importante, no por su número —12 millones de personas— que también, sino porque su situación deja al descubierto la inmoralidad de la sociedad, que con un PIB anual per cápita de más de 26.000 euros no hace apenas nada por solucionar el problema de los pobres. Es verdad que hay multitud de iniciativas, de voluntariado, pero no son reparatorias de derechos y dignidad, solo palián algo la situación.

En esta situación es necesario echar mano de la política en el sentido que dice el papa Francisco: «La política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común... ¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres!»¹⁰.

Necesitamos políticos, sindicalistas, militantes..., «a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres», y cuando algo nos duele de verdad no postergamos la solución a una hipotética realización de la utopía, cuando nos duele de verdad buscamos soluciones inmediatas, aunque estas soluciones no sean las soluciones ideales.

La situación actual del mundo obrero desempleado, precarizado y empobrecido, marcada por el hundimiento de los tres pilares de la civilización pasada: trabajo, democracia y sindicalismo, nos permite aventurar que son pocos los avances que vamos a conseguir en la lucha por la justicia. No por ello debemos parar ni un minuto en esta lucha, pero sí debemos tener en cuenta que los empobrecidos no pueden esperar futuras e inciertas conquistas de derechos para comer hoy, y no solo para comer, para ser como persona y como familia, para recuperar la dignidad que le ha sido arrebatada.

Es muy probable que no podamos avanzar mucho en la justicia, pero sí podemos aportar solidaridad, comunión, cercanía, recursos que les ayuden a experimentar el calor de la comunión que destruye la fría soledad.

Los empobrecidos necesitan que nos hagamos cargo de su situación, que carguemos con ellos; pero nosotros, militantes, lo necesitamos mucho más; los sindicatos lo necesitan mucho más, los partidos lo necesitan mucho más. No hay respuesta posible a la crisis de civilización que padecemos si no es cargando con los empobrecidos; no es posible construir el nuevo sindicalismo que necesitamos si no es cargando con los empobrecidos; no es posible recomponer las opciones de progreso si no es cargando con los empobrecidos. La crisis fundamental que padecemos es la deshumanización, la pérdida de la capacidad de amar, que solo puede restaurarse amando.

Recomponer la relación de amor-justicia entre los empobrecidos y nuestra vida, entre los empobrecidos y la política y los políticos,

entre los empobrecidos y los sindicatos es la tarea más apremiante y revolucionaria que podemos y debemos realizar para dotar de decencia el trabajo y la vida. La nueva situación nos exige dos cosas:

Hacer efectiva la prioridad de los pobres: En lugar de exigir más derechos, debemos conseguir extenderlos a los que carecen de ellos. Que los derechos conseguidos sean efectivos y reales para todos. Pasar de los derechos formales a los derechos reales.

Hacer efectiva la prioridad de la sociedad civil sobre el Estado. En este proceso de extender los derechos a todos, especialmente a los más empobrecidos, junto a las irrenunciables exigencias de justicia a los gobiernos debemos activar la fraternidad creando iniciativas civiles, ciudadanas, que hagan efectivos estos derechos a las personas de nuestro pequeño mundo. En la nueva situación el Estado es necesario, pero no suficiente.

Hoy se precisa un nuevo paradigma, que consiste en personalizar y unir justicia y fraternidad. Esta opción no excluye la imprescindible lucha por la justicia, más bien la exige y la necesita, porque la «economía que mata» está protegida por un entramado de leyes, acuerdos, compromisos e instituciones que dificultan el desarrollo de la economía de la vida. Y porque no aspiramos solo a que los pobres vivan mejor, queremos el Reino de Dios y su justicia.

Tanto sindicatos y partidos, como todo tipo de asociación preocupada por las personas y la justicia que se les adeuda, tienen el reto de generar fraternidad como parte importante de su quehacer. Generar fraternidad no solo mediante leyes que restituyan la justicia, también con actuaciones concretas de acompañamiento de las personas, poniendo en funcionamiento todo lo necesario para ello: Comedores sociales, cooperativas de consumo, espacios de acogida y asesoramiento en los barrios, formación de la conciencia, etc., y todos aquellos que la evolución de la situación pueda reclamar.

2. Cambiar a las administraciones

Una de las dificultades principales que tienen las administraciones para actuar con justicia es la racionalidad y protocolos que presiden sus actos y decisiones. Esta racionalidad y protocolos suelen dejar fuera de su cobertura a los que más lo necesitan.

Ana y Luis son pareja de hecho sin ningún trámite legal. Ana viene de una relación anterior que se ha terminado sin más, sin nada que lo acredite. Luis estuvo en la cárcel, ahora tiene otras causas pendientes y lo buscan por ello, causas motivadas por buscarse la vida de manera informal, nada que no pueda solucionarse con un trabajo decente, pero que nunca lo hará con una pena de cárcel. Ocupan una vivienda en un barrio marginal, donde se cambia de vivienda como de pantalones, simplemente se ocupa, también sin papeles. Cada día es una lucha por sobrevivir: se pide, se compra y se vende multitud de objetos que se obtienen de los contenedores de basura o en la búsqueda de chatarra, se hace alguna chapuza... Esta pareja queda al margen de todos los requisitos que se exigen en cualquier convocatoria de ayuda porque la introduce en un laberinto que no pueden recorrer: Estar inscrito en la oficina de empleo, estar empadronado, presentar un certificado de ingresos, tener una cuenta en el banco, no estar incurso en algún proceso judicial, no haber recibido ayuda en un espacio de tiempo anterior, etc. Cada papel, cada certificado, cada trámite es un muro difícil de superar. Todos son criterios lógicos..., para la normalidad. Pero el problema que se pretende abordar es, precisamente, la anormalidad, las personas y familias que han quedado fuera, sin ecosistema humano y urbano que las acojan y las acompañen en la restitución de su humanidad perdida.

Hay personas y familias pobres, que necesitan un tipo de atención; otras son vulnerables, necesitadas de una atención distinta para evitar que caigan en la pobreza; las hay que son excluidas o en

proceso de exclusión, para salir de ella necesitan una atención distinta a las anteriores. Cada tipo de personas y familias necesita un determinado tipo de atención, ayuda y acompañamiento. Pero todas necesitan un trabajo personalizado, un itinerario de largo recorrido, una ayuda suficiente y sostenida, hasta lograr su autonomía.

El trabajo con estas personas y familias es como el de un artesano: en contacto permanente con «su obra», a la que cuida con aprecio y cariño, prodigándole todos los cuidados y atenciones necesarios, conformándola poco a poco, trabajándola por un lado y por otro, con una idea precisa de lo que quiere conseguir, de la «obra» finalizada, y del proceso que ha de seguir para acabarla. Una obra que va cobrando vida, que empieza a transmitir sensaciones y emociones antes de estar acabada, y que termina expresándose por sí sola cuando definitivamente es ella misma.

Este tipo de trabajo no se puede hacer con una convocatoria de subvenciones para ONG y empresas sin ánimo de lucro, que presenten programas de «intervención» con familias durante seis meses. Estas convocatorias sirven para proporcionar trabajo precario a los «voluntarios» de las ONG, y para que los medios de comunicación repitan hasta la saciedad la profunda preocupación de la Administración por la lucha contra la pobreza y la exclusión, preocupación que por los resultados parece «formal», no real. Las personas y familias seguirán igual o peor cuando finalice la intervención, a la espera de una nueva convocatoria que reproduzca el trabajo precario de unos y su propia dependencia, si el protocolo no les impide participar por haber sido «intervenidos» en la convocatoria anterior.

Para estas familias, los programas subvencionados son un cáncer, es necesario cambiar la forma de tratar y relacionarse con estas personas. Las familias y personas necesitadas están ahí. Son conocidas en los centros de salud, en las Cáritas parroquiales, en los centros educa-

tivos, en los servicios sociales comunitarios. Se sabe qué problemática tienen, qué proceso han seguido, qué se ha logrado y qué no, qué necesitan para seguir avanzando. El único protocolo que se les puede aplicar es poner a su disposición, de manera personalizada, los medios humanos, técnicos, sociales, económicos, laborales, etc. para que puedan conseguir su autonomía, y ponerlos a su disposición durante el tiempo que lo necesiten, no durante seis meses o un año.

El núcleo de esta intervención debe ser el trabajo decente. En toda situación de vulnerabilidad, empobrecimiento o exclusión siempre hay un problema de carencia de empleo, un problema de deshumanización provocada por la frustración de la realización del proyecto humano que esa persona es. Llamada al trabajo, como una dimensión esencial de su existencia, sin la que no es posible desarrollarse como humano, la carencia del mismo supone la frustración de toda su existencia, perder o no tener empleo es perder o no tener su proyecto humano. La dependencia de las ayudas recibidas no restituye la dignidad, la participación en la sociedad de la que forma parte mediante un trabajo apropiado, si. Es hora de que convirtamos en «empleo» un conjunto de actividades necesarias para el funcionamiento de la vida y de la sociedad, que la lógica productivista ha excluido del mercado de trabajo.

Es posible que de esta forma de trabajar se aprovechen algunos pícaros, pero conociendo lo que ya tenemos, seguro que serán muchos menos de los que ahora se están aprovechando sin necesitarlo

3. Nueva racionalidad política

Para ello hace falta una nueva racionalidad política que ponga las administraciones al servicio de los empobrecidos, al servicio de la justicia, al servicio de la humanización de la sociedad y de los ciudadanos.

Que se empeñe en formar una sociedad de «cudadanos», de personas fraternas cuidadoras unas de otras, con una Administración que cuida de todos cuidando de manera especial a los que más lo necesitan. La racionalidad política empeñada en generar crecimiento económico para generar bienestar, ya ha dado sus frutos: el desastre humano, social, institucional y ecológico que padecemos. Ya no se trata de cuidar la economía para que la persona viva. Se trata de cuidar a la persona para posibilitar una economía que esté al servicio de todos.

Un aspecto esencial de esta nueva racionalidad es la concienciación ciudadana. «En esta etapa neoliberal el capital ha sido capaz de entrar en las casas de los sujetos, de hablarles al oído y de conquistar sus mentes, mientras que los movimientos alternativos parece que actúan sin ser conscientes de que también deben hacer eso»¹. El resultado es que, guiados por las expectativas electorales, pretenden atraer votantes satisfaciendo las demandas ciudadanas, que han sido conformadas por el neoliberalismo. De esta manera, terminan actuando como el neoliberalismo quiere, en contradicción con su propio proyecto político. Se necesita que las acciones de gobierno muestren que de verdad les duele el dolor de las víctimas; que no usan la retórica y las medias verdades para tapar políticas convencionales que reproducen la desigualdad, argumentando que hay que crear riqueza para poder repartirla. Ya hay riqueza, y no se reparte en la medida que las circunstancias lo exigen.

El otro aspecto fundamental es la orientación del gasto. Poner las administraciones al servicio de los empobrecidos y del trabajo decente supone dedicar recursos económicos para su financiación. ¿Quién paga todo eso? Es la pregunta que se suele hacer. La respuesta es muy sencilla: La riqueza creada, lo paga la riqueza creada.

Hay dinero, mucho dinero, dinero más que suficiente. El rescate de la Banca en todo el mundo lo ha puesto de manifiesto. El fraude fiscal son noventa mil millones al año; cincuenta mil millones lo que

se lleva la corrupción; otros tantos van a parar a los paraísos fiscales. Pero el pastel gordo está en las transacciones financieras en el mundo. Según los expertos la situación es la siguiente:

«El gasto público mundial anual es de unos 20 billones de dólares».

«... de los datos del Banco Internacional de Pagos se deduce, según una estimación bastante conservadora, que el volumen total de transacciones financieras en el mundo es de unos 11.000 billones de dólares».

«El gasto público mundial se financiaría con una tasa anual del 0,2% de todas las transacciones financieras (20 billones/11.000 billones x 100) y prácticamente ya no haría falta ningún otro impuesto»¹².

Con un impuesto del 0,2% sobre las transacciones financieras mundiales habría para pagar todo el gasto público del mundo. ¡Y no sería necesario pagar más impuestos!

En el debate actual sobre las pensiones la referencia no es la riqueza creada, sino lo recaudado por el Estado, que es una mínima parte de lo que se puede destinar a financiar el gasto público. Es como si todos los ciudadanos del Estado español quisiéramos nadar al mismo tiempo en una piscina con medio metro de agua, y se nos dijera: Las dimensiones de la piscina no lo permiten. Pero si podéis hacerlo en unas piscinas privadas, pagando por ello.

Hay otra solución muy sencilla: bañarnos y nadar en las inmensas playas que rodean la península y las islas. Seguro que así es posible. Pero si acotamos el baño en una piscina y excluimos la riqueza de mares y océanos que nos rodean, estamos haciendo trampas.

Con el gasto público pasa algo parecido. La mayoría de los expertos lo refieren a la economía del 1%, que deja sin nada al 99% de la población. Lo que se necesita es pasar a la economía del 100%, en la que todas las personas percibamos, **de lo que ya hay**, lo necesario para vivir.

La Iglesia defendemos el principio del Destino Universal de los Bienes, con ello queremos decir que todo lo creado por Dios y todo lo creado por el ser humano, que tiene su base en lo creado por Dios, tienen como finalidad principal servir a todo el género humano. «El derecho de propiedad es válido y necesario..., pero los bienes de este mundo están destinados a todos»¹⁶.

Este derecho es prioritario sobre cualquier otro y no puede ser alterado por ninguna ley, pues todos los demás derechos, incluidos el de propiedad y libre comercio, están subordinados al uso común de los bienes y deben facilitar su realización, no estorbar. Para la Iglesia es un deber social grave y urgente hacerlos volver a su finalidad primera¹⁷.

Fue Mandela el que dijo «hay cosas que son imposibles hasta que se hacen inevitables». La situación de la humanidad, con una inmensa capacidad científico técnica y con un volumen de riqueza como nunca ha existido, no es capaz de hacer justicia en esta aldea global. Es hora de romper la lógica que mantiene a las instituciones políticas atadas de pies y manos, y nos tiene a todos, sálvese el que pueda, cogidos por la indiferencia y los deseos no satisfechos.

CUESTIONARIO DE TRABAJO

1. ¿Qué valoración haces de la reflexión sobre colaborar a un cambio de las instituciones? ¿Por qué?
2. ¿Crees que puede ayudar a mejorar la credibilidad de las instituciones y dignificar su compromiso? ¿Por qué?
3. Las propuestas que se hacen ¿te pueden servir para definir o mejorar tu compromiso en estas instituciones? En qué concretamente.

IV. Colaborar a construir y dar visibilidad a experiencias alternativas en la forma de vivir, personal y socialmente

1. El fundamento de la organización social: Individualismo frente a comunión. Ideas frente a vida

Toda la organización social y económica está montada en torno al principio del individualismo. Pero todo lo que nos rodea es un sistema de conexión e interdependencia de todos con todos y de todo con todo. Sin embargo, los modos de vida están basados en este principio.

Cada cual debe construir su propio itinerario educativo, profesional, laboral, ciudadano, familiar... Qué duda cabe de que el desarrollo de la vida humana requiere de un gran esfuerzo y sacrificio personal. Pero personal no quiere decir individual, si por ello entendemos sin relaciones de apoyo, cuidado, consuelo, ayuda y solidaridad. Todo proyecto de humanización es continuidad de lo que se ha recibido desde el nacimiento, se desarrolla en los entresijos de un conjunto de relaciones familiares, personales y sociales e institucionales y, gracias a ello, cada ser humano aporta algo nuevo al mundo: su propia identidad, su personalidad, su manera de ser y estar.

La gran fuerza del sistema actual es que impone una manera de vivir. Nosotros proponemos ideas, creencias, poesía..., el sistema crea una manera de vivir: estudiar (si puedes), trabajar (si puedes), consumir (si puedes), casa, televisión, coche, banco, tarjeta, consumo, insatisfacción, deuda..., falta de libertad, esclavitud, sometimiento, inseguridad, amargura, desgracia...

Y así consigue crear un conjunto de átomos insatisfechos, unos junto a otros, pero terriblemente solos y más sumisos cada vez. Esto no sería posible si los seres humanos nos empeñásemos en redescubrir nuestra verdadera naturaleza humana y viviéramos en coherencia con ella. Guillermo Roviroso lo expresaba así: «Frente a los odios, las envidias, los rencores, los afanes de dominio y de opresión, la subversión y el escándalo, no existe más que la fórmula eterna: Amaos los unos a los otros como yo os he amado»¹⁶.

Bien sabido que nos amamos unos a otros cuando hacemos justicia unos a otros, cuando la búsqueda de, y la lucha por, la justicia real y concreta, para personas reales y concretas constituye la guía de nuestro proyecto de vida. Y el «como yo os he amado» es de manera gratuita, sin esperar nada a cambio, sin que haya ningún mérito por parte del otro, solamente porque ser persona es amar, porque no puedo ser para mí sin ser para ti.

2. Superar el principio de la exclusión imperfecta: «Lo que es del común es de ningún»

Una de las manifestaciones del individualismo es la despreocupación por las cosas comunes, por lo público, por lo que es de todos.

En economía se dice que hay «exclusión imperfecta» cuando la propiedad de un bien no está claramente definida. Un caso típico es el de las comunidades de vecinos: los espacios comunes parecen que no son de nadie, cada cual se preocupa de su piso, pero los espacios comunes, que son de todos, parece que no son de nadie. Un viejo refrán lo confirma: Lo que es del común es de ningún. Pero lo común es fundamental para la vida de todos, sin lo común no podríamos vivir.

Lo común abarca el aire que respiramos, el pueblo o ciudad en que vivimos, los espacios públicos que nos rodean, la sanidad, la educación, la economía, el trabajo, los servicios públicos, las relaciones sociales y un sin fin de bienes y actividades que contribuyen a la vida de todos y de cada uno. Hoy, muchos de estos bienes están amenazados por los recortes y la privatización, otros, por la contaminación. Ante ello es necesario manifestarse, protestar y tratar de impedirlo. Pero también es necesario que repensemos la actitud ciudadana ante ellos.

Ante estos bienes podemos situarnos como depredadores, procurando sacar el máximo provecho, sin pensar que tienen que servir a todos, sin ocuparnos en su cuidado y protección. O podemos hacer un uso responsable de los mismos, procurando su sostenibilidad, cuidado y mantenimiento. Si el comportamiento responsable se extendiera, el gasto se reduciría notablemente y los servicios ganarían en calidad.

3. La economía que tanto me afecta y de la que tan poco me preocupo

Venimos de una situación en la que el derecho a la propiedad (trabajo) está configurado por la relación entre empresarios y trabajadores: unos compran la fuerza de trabajo que otros venden, dentro de un marco legal, que ha cambiado ostensiblemente en los últimos 30 años.

En estas relaciones, la sociedad civil permanece como agente pasivo: sufre las consecuencias de lo que deciden estos actores, pero no participa en la configuración de las mismas. Si una empresa tiene problemas, debe resolverlos por sí sola en diálogo, o no, con los trabajadores. Si unos trabajadores se quedan parados, ellos deben so-

lucionar su problema. En ambos casos pueden recibir alguna ayuda del Estado, pero casi nunca para resolver el problema.

El individualismo, como actitud de vida y principio de organización social, nos ha llevado a despreocuparnos de una de las actividades más importantes que tenemos: la empresa y la economía. Pero sí podemos, y debemos participar, y podemos hacerlo mediante nuestras opciones de consumo, potenciando o penalizando determinadas empresas; solidarizándonos con empresas y trabajadores explotados por otras empresas, por los bancos o por las administraciones. Esta despreocupación confiere una gran debilidad al mundo obrero, exige una profunda transformación de las organizaciones sindicales y la necesidad de militantes dispuestos a emplearse en esta tarea.

4. El compromiso en las grietas de la fragmentación obrera

La pobreza, deshumanización y debilidad del mundo obrero se manifiesta de manera notable en los cambios profundos que ha experimentado el mundo de la exclusión. Tradicionalmente se ha separado mundo obrero y exclusión. Los problemas del mundo obrero eran problemas de los sindicatos; los problemas de los excluidos, de los servicios sociales y Cáritas.

La transformación del sistema de producción y consumo ha roto las fronteras entre uno y otro, el mundo obrero ha entrado en la exclusión y la exclusión ha entrado en el mundo obrero. La composición social de la exclusión ha cambiado, junto a los excluidos de siempre —personas que acumulan diversas patologías físicas y sociales— aparecen los «trabajadores excluidos», que están parados o que no han llegado ni a eso; que han sido víctimas de las

reconversiones, los cierres, las privatizaciones, subcontrataciones, reformas laborales, emprendimientos imposibles, pensionistas empobrecidos, falsos autónomos, hipotecados, embargados, engañados, fracasados escolares desde la ESO a la titulación superior, etc. Los problemas del mundo obrero han dejado de ser solo laborales, afectan a toda su existencia.

Parte de estos nuevos excluidos-obreros han llegado a la red de Cáritas y la han forzado a buscar respuestas transformadoras no asistenciales. Otros han buscado nuevas formas de organización y defensa de sus intereses: Emprendedores sin techo, Las Kellys, PAH, marea contra la precariedad, entre otros.

No ha ocurrido lo mismo con los sindicatos, que tienen más dificultades para acoger, organizar y responder a esta nueva realidad del mundo obrero, como pueden ser los siguientes grupos o categorías sociales:

- El mundo obrero parado, precario y excluido en los barrios, fuera de la cobertura asistencial.
- El mundo obrero víctima de los accidentes laborales.
- El mundo obrero precarizado sin capacidad de lucha: La indefensión en la pequeña y mediana empresa.
- El mundo obrero femenino especialmente castigado: Camareras de piso, limpiadoras de contratas y empleadas de hogar, entre otras.
- El mundo obrero pensionista, jubilado y empobrecido: La concentración de la pobreza.
- El mundo obrero joven, nini, desorientado...
- El mundo obrero inmigrante.

La atención a estos grupos exige un nuevo modelo de compromiso: Acompañamiento, protesta y propuesta, con el siguiente convencimiento: «Compartir los deberes recíprocos moviliza mucho más que la mera reivindicación de derechos»¹⁶.

Como sugerencias de posibles tareas señalamos las siguientes:

4.1. Incorporar la sociedad civil a la lucha obrera. Sindicalismo en los barrios y desde fuera de la empresa

Uno de los fenómenos que se están produciendo es la creciente contestación no organizada por las organizaciones tradicionales. Las luchas en torno a la sanidad, la defensa de los afectados por las hipotecas, las movilizaciones de Las Kellys, las movilizaciones feministas, las de los jubilados y pensionistas, etc., son un ejemplo de ello.

Podría pensarse que este nivel de contestación debería traducirse en un vuelco electoral, pero lo que dicen los sondeos es otra cosa: El PP pierde apoyos a favor de Ciudadanos, pero también lo hacen el PSOE y Unidos Podemos. Como resultado, el bloque de derechas mantiene su fuerza y la incrementa, en un contexto europeo que anticipa la disolución progresiva de los partidos socialdemócratas y comunistas.

Sean cuales sean las causas, lo que sí parece evidente es que hay un problema de credibilidad y la necesidad de recuperarla que, como hemos dicho antes, solo puede hacerse asumiendo como eje de la acción política la defensa real y efectiva de los empobrecidos, vulnerables y excluidos, y la concienciación sobre un proyecto de vida humanista y humanizante.

Hay que «bajar al barro» de los empobrecidos, hay que estar con ellos, hay que eliminar la carrera de obstáculos que supone pasar

por los servicios sociales pidiendo ayuda. Estas personas deben ser consideradas como obreras, aunque no hayan trabajado nunca, deben ser incorporadas a la cobertura sindical, deben ser acompañadas en su cotidianidad, defendidas, asesoradas y ayudadas incluso económicamente, creando bolsas obreras de solidaridad y ayuda en las empresas que tienen mejores condiciones de trabajo y en las administraciones; cooperativas de crédito, comedores sociales, casas de acogida y todo tipo de iniciativa que pueda ayudar a proteger y recuperar a todas las personas, familias y grupos pobres, vulnerables o excluidos.

Al mismo tiempo es necesario potenciar la capacidad reivindicativa de las personas que trabajan en centros donde la actividad sindical no es posible o es muy débil. El sindicalismo que no es posible en la empresa puede potenciarse desde la sociedad civil, con concentraciones de denuncia ante las empresas, campañas contra el uso de sus productos, denuncias a la Inspección de Trabajo por personas no afectadas por el problema, movilización de la opinión pública, etc. La necesidad de defender un trabajo decente no compete solo a las personas que padecen el trabajo indecente, es responsabilidad de toda la sociedad erradicar la posibilidad de que se pueda admitir como posible un trabajo que no respete la dignidad humana.

4.2. El compromiso sindical como responsabilidad moral

Otro aspecto importante a incorporar en nuestras vidas es la convicción de la necesidad del compromiso sindical como un compromiso ético y moral.

Los datos sobre movilizaciones y sobre la afiliación sindical son bastantes elocuentes.

La afiliación sindical en España⁷⁷ nunca ha sido muy alta, pero ha descendido notablemente entre 2008 y 2014 para subir un poco en 2016 y 2017. En cifras aproximadas, en el año 2000 había dos millones afiliados, casi tres millones en el año 2008, bajando a dos millones trescientos mil en 2014 y recuperando unos sesenta mil afiliados entre 2016 y 2017⁷⁸.

La reducción de las movilizaciones⁷⁹ ha sido mucho más acusada. La participación en las huelgas generales ha pasado, en datos aproximados, de unos seis millones en 1996, ante la reforma laboral realizada por Felipe González; a unos cinco millones en 2002, frente a José María Aznar; a un millón en 2012, siendo presidente Zapatero y medio millón en 2012, con Rajoy.

Un dato que subrayan los estudios consultados es el de la externalización de las protestas: **Se hacen fuera del centro de trabajo.**

Es evidente que los sindicatos han sufrido un progresivo deterioro que, aparte de los errores que hayan podido cometer, y de su lejanía de los empobrecidos, tiene dos causas objetivas importantes: Las sucesivas reformas laborales y de la negociación colectiva, y las dificultades para la afiliación sindical, que está condicionada por tres muros: Empresa pública–privada (mayor afiliación en la pública); empresa grande–pequeña (mayor afiliación en la grande); contrato estable–precario (mayor afiliación en los contratos estables).

Desde la óptica que estamos tratando este aspecto, es importante subrayar la incidencia del individualismo en esta situación. La desafección sindical, aparte de las causas objetivas que hemos dicho, se alimenta de una tendencia a la negociación individual de las condiciones de trabajo. ¿Quién mejor que tú va a defender tus derechos? Cuando se afirma que «yo» velaré mejor por mis derechos, se olvida o ignora que eso no es lo que dice la historia, y que las mejoras conseguidas durarán lo que tarde en romperse la solidaridad, que lo hace en ese mismo momento.

Como problema subyacente está el que hemos comentado en otro apartado: si la conciencia y las expectativas de las nuevas incorporaciones al mercado de trabajo y al mundo sindical son educadas por el neoliberalismo, como cultura dominante, sus acciones serán congruentes con su cultura. De ahí la gran necesidad de reconstruir las virtudes obreras, según hemos apuntado al principio.

4.3. Fomentar la colaboración en la pequeña y mediana empresa frente a la agresión común

El tejido empresarial en España es muy débil²⁰. El 92% de las empresas españolas tienen 5 o menos trabajadores. Solo el 2% de ellas tienen 20 o más trabajadores.

La creciente tendencia a la subcontratación, en todos los campos de la actividad económica, está creando un tipo de empresa que sobrevive gracias a los contratos obtenidos pujando a la baja y obteniendo precios de subsistencia. El resultado es escaso margen de beneficios, que solo pueden obtenerse precarizando y degradando las condiciones de trabajo. En muchas ocasiones la opción es cerrar la empresa o malvivir todos. En estos casos, las personas que trabajan y los empresarios tienen el mismo problema y, en consecuencia, la solución no radica en enfrentar unos contra otros, sino en buscar respuestas comunes frente a la agresión común. Estas respuestas comunes pueden articularse en tres ámbitos:

La legislación sobre contratación. La tendencia de las administraciones públicas a reducir gastos, está creando una dinámica de puja a la baja para conseguir la adjudicación de un determinado contrato. En estas condiciones, el recurso más fácil para cumplir el contrato y obtener un beneficio es la depreciación del trabajo y la degrada-

ción de las condiciones en que se realiza. Parte de esta problemática podría solucionarse si las administraciones asumieran una decidida política en defensa del trabajo decente, lo que implicaría cambiar la modalidad de contratación y las opciones de reducción del gasto público. Pensemos que el dinero que se va en la tristemente famosa comisión del 3%, en la corrupción, sería suficiente para mantener margen de beneficios y trabajo decente.

La defensa del trabajo decente. Otra colaboración posible es el diálogo sobre el sentido del trabajo humano, su necesidad para la empresa y la convicción, avalada por diversas investigaciones, de que el trabajo digno siempre es más beneficioso para la empresa que el trabajo degradado. Esto implica que capital y trabajo tienen que cambiar su concepción sobre la empresa, el trabajo y las relaciones entre ambos.

La necesidad de otro tipo de empresa. En apartados anteriores hemos manifestado estar cometiendo un grave error: Esperar que las nuevas empresas de comunión las pongan en funcionamiento los que no creen en ellas. En la necesaria labor de concienciación que la situación nos exige, es fundamental avanzar en el diálogo capital-trabajo sobre una empresa más humana en cuyo funcionamiento se garantice la viabilidad de la empresa, el trabajo decente, la participación de los trabajadores en la gestión²⁴ y el carácter de servicio al bien común de toda la actividad económica.

4.4. El consumo como responsabilidad personal y social

Son numerosos los estudios que plantean la necesidad de una nueva actitud ante el consumo, por la fuerte relación que tiene con nuestra forma de ser personas y por la gran trascendencia

moral, política y social que tienen nuestras decisiones de consumo. A título orientativo señalamos dos aspectos que pueden condicionar nuestras formas de vida personal y social: Educar los deseos y la relación de nuestro consumo con las condiciones de trabajo.

Educar los deseos

Uno de los aspectos importantes que necesitan de reflexión personal es la relación entre deseos, necesidades y opciones de vida.

Las necesidades humanas son pocas, limitadas y forman un sistema integrado²², pero el sistema de producción y consumo necesita y exige que sean ilimitadas y en crecimiento permanente. Para ello necesita que las personas se sientan permanentemente insatisfechas y que estén convencidas de que el consumo es el modo de llenar esa insatisfacción. De esta manera, el sistema de producción y consumo está destrozando el planeta y se ha convertido en una cultura que proporciona una identidad, una manera de ser persona, que hemos denominado como el modelo 3G: ganar, gastar y gozar. Este planteamiento es profundamente deshumanizador, y sirve de sostén al modelo de sociedad, de política y economía que se está implantando.

La publicidad, determinados sistemas educativos y la cultura hegemónica van mostrando como «natural» un modelo de realización humana que subordina al trabajo todas las dimensiones de la existencia (trabajador lastre cero) y que delega en el consumo la búsqueda de felicidad (consumidor perfecto), un consumo liberado de la tutela del Estado y las limitaciones de los servicios públicos (justificación de los recortes), del que espera obtener la satisfacción que antes producía la ética del trabajo.

El consumismo deja de ser una deformación del consumo y se convierte en una cultura. El consumismo no consiste en consumir mucho, sino en situarse en la vida como si todo lo que existe fuera objetos de consumo y, por lo tanto, todo es elegible, flexible, sustituible y prescindible, que son las características de los objetos de consumo. Así parece lógico que las personas que trabajan sean elegibles, flexibles, sustituibles y prescindibles, y que también lo sean la ética y la moral. Este es uno de los factores que hace posible y aceptable el trabajo indecente y la disolución de los humanismos y los credos religiosos.

Convertir los deseos en necesidades implica entrar en una dinámica de construcción de la propia identidad que nos aleja del proyecto humano.

Consumo y condiciones de trabajo

Otra dimensión que necesitamos contemplar es el poder reivindicativo-solidario de nuestras opciones de consumo.

Vivimos una situación en la que confluyen varios factores importantes: la sustitución progresiva de trabajo humano por trabajo no humano (las cajas amigas, banca electrónica, etc.); el comercio electrónico y la aparición de grandes cadenas de distribución por vía telemática (Amazon); la indefensión de las condiciones de trabajo relacionadas con esta forma de producción y consumo.

Estas nuevas formas nos suelen atrapar porque nos ofrecen comodidad y precios más baratos. Actuamos guiados por nuestro bienestar y provecho, pero no reparamos en las consecuencias negativas para los otros seres humanos y para nosotros mismos: destrucción y precarización del empleo, indefensión de los trabajado-

res y trabajadoras, destrucción del pequeño comercio y de las redes locales de distribución, aumento de la contaminación, etc.

Es necesario avanzar en la conciencia del gran valor solidario que pueden tener nuestras opciones de consumo²⁸. Crear grupos de reflexión y diálogo en torno a las necesidades y el consumo, proponer prácticas concretas de consumo, seleccionar comercios hacia los que orientar nuestras compras. Etiquetar los comercios que cuidan las condiciones laborales y el trabajo digno. Fomentar las cooperativas de consumo, educar en que más barato no es mejor ni más rentable, desarrollar acciones de apoyo solidario con las personas que sufren condiciones de trabajo indignas, entre otras.

Terminamos esta reflexión haciéndonos eco de estas palabras del papa Francisco, que pueden ser un buen resumen de todo lo dicho:

«Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva nuestro grito y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia»²⁹.

CUESTIONARIO DE TRABAJO

1. ¿Qué valoración haces de la reflexión sobre crear experiencias alternativas de vivir, personal y socialmente? ¿Por qué?
2. ¿Crees que puede ayudar a mejorar la coherencia entre la forma de pensar y la forma de vivir? ¿Por qué?
3. Las propuestas que se hacen ¿te pueden servir para tener un estilo de vida más humano y coherente? En qué concretamente.

.....

Citas

- 1** Entre ellas están: *Dignidad del trabajo y trabajo digno* (Ed. HOAC, 2016); *Trabajo y familia* (Ed. HOAC, 2015); *Trabajo digno para una sociedad decente* (Ed. HOAC, 2014); *El empleo precario* (Ed. HOAC, 2002) y *Un trabajo digno para la familia, una familia para la vida* (Día de la HOAC, 2006).
- 2** Este razonamiento está tomado del material *Reflexión sobre las cuatro claves de la XIII Asamblea General de la HOAC*. Marzo de 2016.
- 3** El trabajo tiene una triple función: económica, social y psicosocial. *El trabajo humano, principio de Vida*, pág. 55-56, Editorial Edice, 2007.
- 4** Rovirosa, Guillermo. *Obras Completas. Tomo III*, pág. 495, Ediciones HOAC, 1996.
- 5** Papa Francisco. *La alegría del Evangelio*, 274.
- 6** San Juan Pablo II. *Los fieles laicos*, 37.
- 7** *Laborem exercens* 8.
- 8** *Rerum novarum* 1.
- 9** Esta explicación está tomada del libro *Dignidad y esperanza para el mundo del trabajo*. Editorial EDICE, 2016.
- 10** Papa Francisco, *La alegría del Evangelio*, 205.
- 11** Torres López, Juan, *La crisis de las hipotecas basura. ¿Por qué se cayó todo y no se ha hundido nada?* Editorial Sequitur, 2010, pág. 261.
- 12** Torres López, Juan, *Una propuesta para acabar con los déficits públicos y la deuda de los estados sin apenas pagar impuestos* <http://www.nuevatribuna.es/opinion/juan-torres-lopez/propuesta-acabar-deficits-publicos-y-deuda-estados- apenas-pagar-impuestos/20160123184129124657.html>
- 13** San Juan Pablo II. *Sollicitudo rei socialis*, 42.
- 14** Pablo VI. *Populorum progressio*, 22.
- 15** Rovirosa, Guillermo. *Obras Completas. Tomo I*, Ediciones HOAC, 1995, pág. 82.
- 16** Benedicto XVI. *La caridad en la verdad*, 43.
- 17** https://economia.elpais.com/economia/2016/04/29/actualidad/1461944863_948173.html
- 18** <https://www.efe.com/efe/espana/economia/los-sindicatos-recuperan-afiliados-por-segundo-ano-tras-la-fuga-de-crisis/10003-3513517>

19 https://www.elconfidencial.com/espana/2013-11-11/ya-no-se-hacen-huelgas-como-las-de-antes-la-participacion-en-su-minimo-historico_52226/

<http://www.sinpermiso.info/textos/reino-de-espana-la-evolucion-de-la-conflictividad-laboral-durante-la-crisis-y-los-inicios-de-la>

20 <http://www.ine.es/prensa/np984.pdf>

21 San Juan Pablo II. *Laborem exercens*, 15.

22 Max-Neef, Manfred. *Desarrollo a escala humana*, pág. 37. Editorial Icaria, 1998.

23 Ballesteros, Carlos. *Economía de las Bienaventuranzas y Tu compra es tu voto*. Ambas de Ediciones HOAC.

24 *Convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 15.

Títulos publicados colección «Cuadernos HOAC»

- **Cuadernos HOAC n.º 1:** *El cuento del trabajo. Qué necesitamos saber para saber lo que necesitamos.*
- **Cuadernos HOAC n.º 2:** *Trabajar y consumir. ¿Eso es vida? Cultura consumista y libertad del hombre.*
- **Cuadernos HOAC n.º 3:** *Inmigrantes: Romper fronteras, construir humanidad.*
- **Cuadernos HOAC n.º 4:** *Crisis económica. ¡Justicia para el mundo obrero empobrecido!*
- **Cuadernos HOAC n.º 5:** *¿Qué hacer con las pensiones?*
- **Cuadernos HOAC n.º 6:** *Derechos sociales, un deber de justicia.*
- **Cuadernos HOAC n.º 7:** *Ante un democracia rota, otra política es posible desde la comunión.*
- **Cuadernos HOAC n.º 8:** *Guillermo Roviroso. Apóstol del Mundo Obrero. 50 Aniversario. 1964-2014.*
- **Cuadernos HOAC n.º 9:** *Trabajo digno para una sociedad decente.*
- **Cuadernos HOAC n.º 10:** *Democracia y dignidad para las mujeres ante situaciones de precariedad.*
- **Cuadernos HOAC n.º 11:** *Trabajo y familia. Derechos familiares de las personas y derechos sociales de las familias.*
- **Cuadernos HOAC n.º 12:** *La dignidad del trabajo y el trabajo digno.*

- **Cuadernos HOAC n.º 13:** *Rentas de ciudadanía. Justicia social desde el bien común. Cuestiones para el diálogo.*
- **Cuadernos HOAC n.º 14:** *La economía de las bienaventuranzas. Pistas para avanzar en compromisos transformadores y liberadores.*

Pedidos

Ediciones HOAC

Alfonso XI, 4-4 • 28014 • Madrid

publicaciones@hoac.es

Telf. 917 014 080

Compra directa en www.edicioneshoac.es



Tú puedes hacerlo posible. Trabajo digno para una sociedad decente

Este cuaderno es continuidad de la reflexión que viene realizando la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) en el marco de la campaña «Trabajo digno para una sociedad decente». Le han precedido: *Dignidad del trabajo y trabajo digno* (2016); *Trabajo y familia* (2015); *Trabajo digno para una sociedad decente* (2014); *Un trabajo digno para la familia, una familia para la vida* (2006) y *El empleo precario* (2002).

Pretende participar, y ayudar a participar, en el diálogo y en la búsqueda de respuestas necesarias para reconstruir nuestra humanidad y defender y consolidar el trabajo decente, que la HOAC plantea desde cuatro claves: Acompañar la vida de las personas; colaborar a un cambio de mentalidad; colaborar al necesario cambio de las instituciones y colaborar a construir y dar visibilidad a experiencias alternativas en la forma de ser y trabajar. Claves que hay que entender en su interrelación y complementariedad, porque estando todas ellas referidas a dimensiones de la existencia humana, es esta las que les da sentido y unidad, pues la vida de las personas, en su pluralidad y diversidad, es una, y esta unidad es precisamente lo que el neoliberalismo ha destruido y es necesario recomponer.

Toda la reflexión está realizada desde la fe cristiana y trata de ser una explicitación de los contenidos de la misma, pero buscando y manifestando la confluencia entre lo cristiano y lo humano desde la siguiente convicción: Dios está presente en el corazón de toda persona y la llama a promover el bien y la justicia como realización de su Amor.

ISBN: 978-84-92787-42-5



9 788492 787425



www.edicioneshoac.es